

ANTONY BEEVOR

LA SEGUNDA
GUERRA MUNDIAL

Traducción de
TEÓFILO DE LOZOYA
y JUAN RABASEDA

PASADO & PRESENTE
BARCELONA

PRÓLOGO A LA 12.^a EDICIÓN

(En el 80.º aniversario del fin de la Segunda Guerra Mundial)

La Segunda Guerra Mundial fue una guerra como ninguna otra y, sin embargo, ha llegado a definir la idea misma de la guerra. Los políticos y los medios de comunicación no pueden resistirse a la tentación de dramatizar la importancia de una determinada crisis estableciendo comparaciones con ella. Por ello, en un momento en el que somos testigos del primer conflicto de envergadura en suelo europeo desde 1945 —y de otro en el Próximo Oriente—, vale la pena reexaminar sus características y consecuencias.

Más que ninguna otra guerra en la historia, aquella inmensa lucha en la era del totalitarismo estuvo dominada por figuras emblemáticas. Este hecho incrusta poderosamente en el imaginario popular la idea de una «teoría de la historia de los grandes hombres». A resultas, el público se pregunta hoy por qué no hay grandes líderes. Una respuesta muy breve sería que el sistema económico globalizado limita la libertad de acción de los estadistas. Y, demasiado a menudo, en esta era de noticias veinticuatro horas al día, las consideraciones mediáticas pueden dominar la toma de decisiones, algo que no sucedía en el pasado. El verdadero liderazgo requiere de una visión a largo plazo, más que de las políticas reactivas cortoplacistas de las democracias actuales. Es una tarea mucho más ardua hoy que hace ochenta años. Durante la Segunda Guerra Mundial, el carácter de un líder determinó el curso de los acontecimientos de un modo como no se había visto antes, y como pensábamos que nunca volveríamos a ver.

Las paradojas de nuestras actitudes para con la Segunda Guerra Mundial son sorprendentes. El conflicto unió la historia mundial por vez primera, en parte por su alcance global, pero también porque aceleró el fin del colonialismo en África, el Oriente Próximo y el Sureste Asiático. Y, sin embargo, a pesar de su abrumador carácter internacio-

nal, cada país implicado creó su propio relato nacional del gran conflicto, relato al que posteriormente se aferró.

Existe un amplio desacuerdo sobre cuándo empezó realmente la Segunda Guerra Mundial. Cada país tiene su propia versión histórica de los acontecimientos, ya que las experiencias y los recuerdos son muy diversos. Para los estadounidenses, la guerra empezó en diciembre de 1941 con el ataque japonés a Pearl Harbor y la declaración de guerra de Hitler a los Estados Unidos pocos días después. Vladimir Putin, en cambio, insiste en que empezó en junio de 1941, cuando Hitler invadió la Unión Soviética, en un intento amargo de blanquear la invasión de Polonia por parte de Stalin, en septiembre de 1939, bajo los protocolos secretos del Pacto nazi-soviético.

La mayoría de los europeos asume que la Segunda Guerra Mundial comenzó con el asalto de Hitler a Polonia. Sin embargo, para los chinos empezó en 1937 con la Guerra sino-japonesa, o incluso antes, con la ocupación nipona de Manchuria. Y muchos en la izquierda española están convencidos de que empezó en 1936, con el golpe de Estado franquista para desbancar a la República. Sin embargo, fue la Guerra Civil rusa, con crueldad, destrucción y hambruna inconcebibles, la que marcó el patrón del siglo. Fueron sus horrores sin precedentes los que polarizaron el miedo entre blancos y rojos, entre comunistas y fascistas, conduciendo a la Guerra Civil española y a la Segunda Guerra Mundial. Así, el presidente socialista del Consejo de ministros de la República española, Largo Caballero, lucía orgulloso su apodo de «Lenin español» y habló de eliminar a la burguesía. Mientras, en la derecha, Calvo Sotelo replicaba con amenazas igualmente aterradoras contra la clase obrera y los sindicatos. El círculo vicioso creado por una retórica sanguinaria hizo prácticamente imposible eludir la guerra civil.

Tendemos a olvidar que la Segunda Guerra Mundial fue una combinación de conflictos de muy distinta índole. Estos estuvieron condicionados por la rivalidad entre grandes potencias, pero también por agrias disputas étnicas a raíz del hundimiento de cuatro imperios y el nuevo trazado de fronteras determinado por el Tratado de Versalles, así como por el enconado choque entre fascismo y comunismo. El retrato simplista que la presenta como una lucha titánica que culmina con la victoria de la democracia sobre la dictadura no se sostiene, en especial por la presencia preminente de una Unión Soviética totalitaria en el lado de los vencedores.

Sin embargo, la ira y la determinación del pueblo soviético tras la brutal invasión de Hitler en junio de 1941 fueron auténticas. Se acató la más estricta de las disciplinas. El general Zhukov llegó a ser más despiadado que su maestro Stalin. El 4 de octubre de 1941, Zhukov, como comandante del frente de Leningrado, emitió la siguiente orden: «Quede claro para todas las tropas que todos los familiares de aquellos que se rindan serán fusilados y ellos mismos serán fusilados a su regreso de prisión». Irónicamente, al promulgar la orden no se le pasó por la cabeza a Zhukov que el mismísimo Stalin era en teoría susceptible de ser ejecutado, ya que su propio hijo, Yakov Djughashvili, se había rendido poco antes. No creo que Stalin estuviera excesivamente preocupado. Simplemente respetaba a Zhukov por su despiadada determinación.

Se podría aducir que los dos elementos que permitieron a la Unión Soviética sobrevivir al ataque nazi —y ganar la contienda a la postre— fueron la disciplina y la vastedad del territorio. Es sorprendente que Hitler no aprendiera de la muy pertinente lección de la guerra sino-japonesa de 1937, cuatro años antes de su invasión a la Unión Soviética. Su ignorancia no tiene excusa, ya que los generales alemanes fueron los asesores del Ejército Nacionalista de Chiang Kai-shek. Los chinos pronto descubrieron —por las malas— cómo sobrevivir a la embestida de un ejército más profesional y mejor equipado. Los defensores, si tenían territorio suficiente para replegarse, podían negarle la victoria al invasor, por muy moderno y bien entrenado que estuviese, porque una serie de constantes retiradas tácticas implicaba la dispersión de las fuerzas del enemigo, en un intento por abarcar el territorio, y le impedía controlar la retaguardia. Además, el desconcierto y la conmoción ante la crueldad no siempre condenan al oponente a la sumisión, como pensaban japoneses y nazis (y Putin): también pueden alentar la resistencia desesperada.

Pese a que la guerra con Alemania y la guerra con Japón se condujeron como dos conflictos separados, se influyeron mutuamente mucho más de lo que en apariencia pueda parecer. El pacto nazi-soviético, que supuso una conmoción para Japón, también afectó a su pensamiento estratégico, a lo que tampoco ayudaba la falta de enlaces entre Alemania

y Japón. Asombrosamente, Japón rompió su pacto de neutralidad con Stalin solo dos meses antes de que Hitler lanzara su invasión sobre la Unión Soviética. La facción de Tokio empeñada en «atacar al sur» prevaleció sobre los que querían una guerra con la Unión Soviética e incluso sobre aquellos del Ejército Imperial nipón que primaban finalizar la guerra con China.

Debido a sus creencias supremacistas, los militares japoneses —como los nazis— confundieron causa y efecto. Tal vez de forma predecible, se enfurecieron por la Carta del Atlántico del presidente Roosevelt y Winston Churchill, que vieron como la intentona anglo-americana de imponer su versión de la democracia al resto del mundo. Bien podrían haber denunciado la hipocresía de un poder imperialista como el británico al promover la democracia y la autodeterminación, y, sin embargo, su propia noción de «liberación» dentro de la «Esfera de Coprosperidad de la Gran Asia Oriental» tuvo como resultado un imperialismo aún más opresivo.

Además, los japoneses no avisaron a Berlín de su plan secreto de atacar las bases americanas en el Pacífico. Hitler recibió la noticia con inmensa alegría. Los japoneses mantendrían a los americanos ocupados —pensaba— y la guerra en el Pacífico diezmaría los suministros a la Unión Soviética y Gran Bretaña. Calculaba que los Estados Unidos entrarían en la guerra en su contra en un futuro cercano, pero que no estarían en disposición de intervenir en Europa antes de 1943 como pronto. Por supuesto, no sabía nada de la política de «Alemania primero» pactada entre Roosevelt y Churchill.

De un plumazo, los intentos anteriores de Hitler por justificar su estrategia de que una victoria sobre la Unión Soviética acabaría por obligar a Gran Bretaña a abandonar la guerra se volvían en su contra. Alemania se enfrentaba, ahora, a una guerra en dos frentes. Los mandos estaban consternados ante la aparente ignorancia del poderío industrial americano. Los líderes nazis mantenían que los yanquis solo eran buenos haciendo cuchillas de afeitar. Los soldados del frente oriental supieron de la declaración de guerra, pero no les quedó más opción que tratar de verla bajo un prisma optimista. El alemán de a pie se estremeció ante la noticia. Empezaron a temer que el conflicto se alargara durante años. Resulta sorprendente cuántos alemanes se convencieron a sí mismos, hacia el final de la contienda, de que habían sido los Estados Unidos los que habían declarado la guerra a Alemania y no al revés.

El elemento clave del pensamiento de Hitler radicaba en la guerra por mar. La agresiva política de «abrir fuego a las primeras de cambio» preconizada por Roosevelt, que ordenaba a los buques de guerra estadounidenses atacar a los submarinos alemanes allí donde los encontraran, y la decisión de proveer de escoltas a los convoyes desde el oeste de Islandia habían hecho que la batalla del Atlántico se decantara a favor de los Aliados. El *Grossadmiral* Raeder había presionado a Hitler para que permitiera a sus manadas de lobos submarinos responder al fuego. Hitler compartía la frustración del almirante, pero hasta que los japoneses obligaron a la Marina de los Estados Unidos a permanecer en el Pacífico y accedieron formalmente a no buscar una paz por separado con los americanos, no se atrevió a dar ningún paso. Ahora el Atlántico occidental y toda la línea costera norteamericana podían convertirse en zona militar sin restricciones en la «guerra de torpedos». En opinión de Hitler, aquella circunstancia podía proporcionar al fin y al cabo otra forma de obligar a Gran Bretaña a doblegarse, antes incluso que la conquista de la Unión Soviética. La obsesión antisemita de Hitler lo había convencido de que los Estados Unidos eran básicamente un país nórdico dominado por partidarios de la guerra de origen judío, y ese era un motivo más de que resultara inevitable el enfrentamiento entre su Nuevo Orden en Europa y los americanos. Pero no supo apreciar que el ataque contra Pearl Harbor logró unir a los norteamericanos con unos lazos mucho más fuertes que los que él hubiera podido forjar. El *lobby* aislacionista que proclamaba la máxima «América primero» fue silenciado por completo, y la declaración de guerra de Hitler acabó definitivamente por hacerle el juego a Roosevelt. Sin ella, el presidente no habría podido contar con el Congreso para seguir adelante con su «guerra no declarada» en el Atlántico. Ese fue el punto de inflexión geopolítico de la Segunda Guerra Mundial.

Hitler aborrecía la idea de reclutar forzosamente a antiguos soldados soviéticos de los campos de prisioneros como auxiliares, porque eran eslavos y racialmente inferiores a sus ojos. Pero sus subordinados, incluyendo a Heinrich Himmler, sabían que los necesitaban, debido a las dimensiones del territorio que querían ocupar. Irónicamente, fue el coronel conde Von Stauffenberg, que tres años después atentaría contra el dictador, quien sostuvo que solo había una forma de derrotar a la Unión Soviética: reclutar a un ejército de un millón de hombres de entre grupos étnicos antisoviéticos como los ucranianos, los cosacos y las tribus caucásicas. Esta política tuvo que llevarse a cabo de forma

encubierta para salvaguardar las manías racistas de Hitler, pese a que estos voluntarios no germánicos se mostraron a menudo más crueles que las propias divisiones arias de las SS de Himmler.

A la hora de hablar de la Segunda Guerra Mundial, las estadísticas sobre el sufrimiento —la magnitud de las cifras— resultan peligrosamente abrumadoras. Este era un elemento que el gran escritor ruso Vasily Grossman entendió instintivamente al escribir sobre las víctimas civiles. Desde su punto de vista, la tarea de los supervivientes era intentar reconocer a los millones de fantasmas de las fosas comunes como individuos, no como gente anónima inserta en categorías caricaturizadas, porque ese tipo de deshumanización era precisamente la que sus perpetradores habían buscado conseguir.

Hoy en día, en una era de profundo respeto por los derechos humanos y la vida en los países democráticos, resulta muy difícil apreciar las enormes fuerzas históricas que asesinaron a entre 60 y 70 millones de personas. Cuando nos sumergimos en la enormidad de la Segunda Guerra Mundial y sus víctimas, intentamos infructuosamente absorber la realidad de todas las estadísticas acerca de las tragedias étnicas y nacionales. Polonia perdió cerca de seis millones de personas, casi una quinta parte de su población. Los chinos perdieron a más de 20 millones y algunos hacen estimaciones mucho más altas. Las pérdidas totales soviéticas fueron de entre 24 y 27 millones de muertos. En 1945, Stalin sabía que excedían los 20 millones, pero lo ocultó. Como apunta el profesor David Reynolds: «Fijó la cifra en 7,5 millones, lo que sonaba apropiadamente heroico, sin ser criminalmente homicida». Menos de un tercio de la cifra real, por lo tanto.

Para ilustrar la absoluta falta de consideración de Stalin por la vida de sus propias tropas solo es necesario recordar la Operación Marte, en otoño de 1942. Mientras el alto mando supremo soviético, la Stavka, preparaba la Operación Urano, la bolsa sobre el Sexto Ejército alemán en Stalingrado, el líder soviético aprobó una acción de diversión en el norte. Dirigida contra el Grupo de Ejércitos Centro alemán, buscaba evitar la llegada de refuerzos al sur de Stalingrado. Todo el plan fue filtrado deliberadamente a los alemanes por un espía doble soviético. 215.000 soldados del Ejército Rojo fueron sacrificados en la Operación Marte, al ser enviados premeditadamente a una trampa. Fue una de las decisiones más despiadadas de toda la historia de la guerra.